

comprender, después de algunos errores de cálculo, que poseía unos cinco mil ochocientos francos en valores reales, los cuales, convencionalmente, podían venderse por dos mil escudos. Al ver su riqueza, la joven se puso á saltar de alegría como una chiquilla. Aquel día, padre é hija habían contado su tesoro; él para ir á venderlo; Eugenia para arrojar el suyo á un océano de afecto. La joven volvió á colocar las monedas en la bolsa, la tomó y subió sin titubear. La secreta miseria de su primo le hacía olvidar la noche, las conveniencias, y, por otra parte, tenía la firme conciencia de sí misma, de su abnegación y de su dicha. En el momento en que aparecía en el umbral de la puerta, llevando en una mano la vela y en la otra la bolsa, Carlos se despertó, vió á su prima y quedó embobado de sorpresa; Eugenia avanzó, colocó el candelero sobre la mesa, y le dijo con voz emocionada:

—Primo mío, voy á pedirle perdón por una falta grave que he cometido con usted, falta que Dios me perdonará, si usted quiere.

—¿Qué es ello? dijo Carlos frotándose los ojos.

—He leído estas dos cartas.

Carlos se puso rojo.

—¿Cómo he hecho esto? ¿por qué he subido? Ni yo misma lo sé. Pero estoy tentada á no arrepentirme de haber leído estas cartas, puesto que ellas me han hecho conocer el corazón de usted, su alma y...

—Y ¿qué más? preguntó Carlos.

—Y sus proyectos: la necesidad que tiene de dinero.

—Prima querida...

—¡Chits! ¡chits! no hable usted tan alto, no despertemos á nadie. Aquí tiene usted, dijo abriendo la bolsa, las economías de una pobre joven que no necesita nada. Carlos, acéptelas. Esta mañana ignoraba lo que valía el dinero, y usted me lo ha enseñado. Un primo es casi un hermano: bien puede usted, pues, aceptar los ahorros de su hermana.

Eugenia no había previsto las negativas, y su primo permanecía mudo.

—¡Cómo! ¿se niega usted á aceptarlas? preguntó Eugenia, cuyas palpitaciones resonaron en medio del profundo silencio que reinaba.

Las dudas de su primo la humillaron: pero al recordar la viva necesidad en que se encontraba Carlos, Eugenia hincó una rodilla en tierra y le dijo:

—No me levantaré de aquí hasta que haya aceptado usted este oro. Por favor, primo mío, una respuesta, que sepa si usted me honra, si es usted generoso, si...

Al oír estas explicaciones, Carlos cogió por las manos á su prima para impedir que se arrodillase, y las bañó con sus lágrimas. Eugenia, al ver esto, tomó la bolsa, la vació sobre la mesa y le dijo, llorando de alegría:

—Lo acepta usted, ¿verdad? No tema nada, primo mío, usted será rico. Este oro le dará buena suerte, y día llegará en que podrá devolvérmelo. Además, podemos asociarnos; en fin, con tal que usted lo tome, acepto todas las condiciones que me imponga. Pero no debía usted dar tanta importancia á tan poca cosa.

Carlos pudo, al fin, expresar sus sentimientos.

—Sí, Eugenia, tendría que tener el alma muy pequeña si no aceptase sus ofertas. Sin embargo, confianza por confianza.

—¿Qué quiere usted? le dijo la joven asustada.

—Escuche prima mía, tengo aquí..., y se interrumpió para mostrar una cajita cuadrada con estuche de cuero que había sobre la cómoda, tengo aquí, repito, una cosa que aprecio tanto como mi vida. Esa cajita es un regalo de mi madre. Esta mañana pensaba que si ella pudiese salir de su tumba se apresuraría á vender el oro que su ternura le hizo prodigar en ese neceser; pero, hecha por mí, esa profanación me parecería un sacrilegio.

Al oír estas últimas palabras, Eugenia estrechó convulsivamente la mano de su primo.

—No, repuso Carlos después de una pausa, durante la cual se dirigieron los dos primos una mirada velada por las lágrimas; no, no quiero destruirlo ni aventurarlo en mis viajes. Querida Eugenia, usted será la depositaria. Jamás amigo alguno habrá confiado á otro una cosa más sagrada. Juzgue usted misma.

Y tomando la cajita, la sacó del estuche, la abrió y se la enseñó tristemente á su prima, que quedó maravillada al ver un neceser en que el trabajo daba al oro un valor muy superior al de su peso.

—Esto que usted admira no es nada, dijo Carlos apretando un botón, que puso al descubierto un doble fondo; he aquí lo que vale para mí más que el mundo entero.

Y esto diciendo, sacó dos retratos, dos obras maestras de la señora Mirbel, ricamente rodeados de perlas.

—¡Oh! ¡qué mujer más hermosa! ¿Es á esta á la que usted le escribe?

—No, dijo Carlos sonriéndose, esta mujer es mi madre, y este mi padre. Eugenia, yo tendría que suplicarle de rodillas que me guardase este tesoro. Si yo pereciese y perdiese su fortunita, esta alhaja la indemnizaría á usted. A usted sola puedo dejar estos dos retratos, pues usted es digna de conservarlos; pero destrúyalos antes de que puedan pasar á otras manos...

Eugenia guardaba silencio.

—Acepta usted mi encargo, ¿verdad? añadió el joven con gracia.

Al oír que su primo repetía las palabras que ella acababa de decirle, Eugenia le dirigió su primera mirada de mujer amante, una de esas miradas que encierran tanta coquetería como profundidad, y Carlos, al observarlo, le tomó las manos y se las besó.

—¡Ángel de pureza! Entre nosotros el dinero no será nunca nada, ¿verdad? En lo sucesivo, los sentimientos serán para nosotros lo principal.

—Se parece usted á su madre. ¿Tenía ella la voz tan dulce como usted?

—¡Oh! ¡mucho más!

—Sí, para usted, dijo Eugenia bajando los ojos. Vamos, Carlos, acuéstese que está muy cansado, yo lo quiero. ¡Hasta mañana!

Y esto diciendo, la joven tomó por la mano á su primo, el cual la acompañó hasta la puerta

de su cuarto para alumbrarle. Cuando llegaron al dintel, Carlos le dijo:

—¡Ah! ¡por qué estaré arruinado!

—¡Bah! no importa, yo creo que mi padre es rico, respondió Eugenia.

—¡Pobre niña! dijo Carlos apoyándose en la pared del cuarto; si fuese rico, no hubiera dejado morir al mío, y ustedes vivirían con mayor lujo del que viven.

—Pero ¡si es suyo Froidfond!

—Y ¿qué vale Froidfond?

—No lo sé, Carlos; pero es suyo también No-yers.

—Alguna mala quinta.

—Y viñas, y prados...

—¡Miserias! dijo Carlos con aire displicente. Si su padre tuviese solamente veinticuatro mil francos de renta, no habitaría esta casa fría y húmeda.

—Vaya usted á dormir, dijo Eugenia para impedir que su primo entrase en su desordenado cuarto.

Carlos se retiró, y ambos se despidieron con una mutua sonrisa.

Uno y otro durmieron con el mismo sueño, y Carlos empezó desde entonces á cubrir con algunas rosas su duelo.

Al día siguiente por la mañana, antes de almorzar, la señora Grandet encontró á su hija paseándose en compañía de Carlos. Éste estaba triste aún, como debía estarlo un desgraciado que comprendía toda la negrura que encerraba su porvenir.

—Papá no vendrá hasta la hora de la comida.

dijo Eugenia viendo pintada la inquietud en el rostro de su madre.

En la cara y en los modales de Eugenia y en la singular dulzura que adquirió su voz era fácil ver una conformidad de pensamiento entre ella y su primo. Sus almas se habían enlazado ardientemente antes de haber experimentado la fuerza de los sentimientos que les unían. Carlos permaneció en la sala, y su melancolía fué respetada; las tres mujeres tenían bastante en que ocuparse, pues como Grandet había abandonado por aquel día sus negocios, se presentó infinidad de gente: el trastejador, el hojalatero, el albañil, los jornaleros, el carpintero, los colonos, que iban, los unos á ajustar sus trabajos, y los otros á pagar su alquiler ó á recibir dinero. La señora Grandet y Eugenia se vieron, pues, obligadas á ir y á venir, respondiendo á las interminables preguntas de los obreros y de los campesinos. Nanón transportaba los productos á la cocina y esperaba las órdenes de su amo para saber lo que se había de guardar para la casa y lo que había que llevar al mercado. El avaro acostumbraba á guardar el vino malo y las frutas malas para él y á llevar las buenas á vender. A eso de las cinco de la tarde, Grandet volvió de Angers, habiendo ganado catorce mil francos con el cambio del oro y llevando ya en su cartera el papel del Estado que le produciría interés hasta el día que tuviera que pagar los impuestos. Había dejado á Cornoiller en Angers para que cuidase los caballos, que estaban medio reventados, y los trajese despacio, después de haberles dado descanso.

—Vengo de Angers, y traigo hambre.

—¿Es que no ha comido usted nada desde ayer? le gritó Nanón desde la cocina.

—Absolutamente nada, respondió el avaro.

Nanón sirvió la sopa. En el momento en que la familia estaba en la mesa y cuando el padre Grandet no había visto aún siquiera á su sobrino, de Grassins se presentó para recibir órdenes de su cliente.

—¡Coma usted tranquilamente, Grandet! le dijo el banquero, que hay tiempo para hablar. ¿Sabe á cómo está el oro en Angers, donde hay multitud de especuladores que quieren llevárselo á Nantes? Yo voy á enviar allí.

—No, no envíe usted, dijo Grandet, que ya hay bastante. Somos demasiado amigos para no ahorrarle el viaje.

—¡Pero si el oro gana allí trece francos cincuenta!

—Diga usted ganaba.

—Pero ¿de dónde diablo ha ido tanto oro?

—Esta noche he estado yo en Angers, le respondió Grandet en voz baja.

El banquero quedó estupefacto un momento, y después entabló en voz baja una conversación con Grandet, durante la cual ambos miraron varias veces á Carlos. En el momento en que el antiguo tonelero dijo al banquero que le comprase por valor de cien mil francos de renta, de Grassins hizo involuntariamente un gesto de asombro.

—Señor Grandet, dijo de Grassins á Carlos, voy á París, y si se le ocurre á usted alguna cosa...

—Nada, señor, muchas gracias, respondió Carlos.

—Sobrino mío, ya puede usted estarle agradecido; este señor va á arreglar los asuntos de la casa Guillermo Grandet.

—¿Hay acaso alguna esperanza? preguntó Carlos.

—¿Por ventura no es usted sobrino mío? exclamó el tonelero con fingido orgullo. Su honor es el nuestro. ¿No se llama usted Grandet?

Carlos se levantó, abrazó al padre Grandet, lo besó, palideció y se fué. Eugenia contemplaba á su padre con admiración.

—Bueno, adiós, mi buen de Grassins; á ver si ajusta usted bien las cuentas á esa buena gente.

Los dos diplomáticos se dieron un apretón de manos; el antiguo tonelero acompañó al banquero hasta la puerta, y después de haberla cerrado, volvió á la sala, y, sentándose en su sofá, le dijo á su criada:

—Nanón, trae el casis.

Pero como estaba demasiado emocionado para permanecer quieto, se levantó, miró el retrato del señor de la Bertelliere, y se puso á cantar, haciendo lo que Nanón llamaba pasos de danza:

A la Habana me voy,
te lo vengo á decir...

Nanón, la señora Grandet y Eugenia se examinaron mutuamente en silencio. Cuando la alegría del viñero llegaba á su apogeo, les asombraba. La velada duró muy poco; en primer lugar, porque el padre Grandet quiso acostarse temprano, y cuando él se acostaba todo el

mundo debía irse á dormir, y además, porque Nanón, Eugenia y Carlos no estaban menos cansados que él. Respecto á la señora Grandet, la pobre comía, bebía y andaba con arreglo á los deseos de su marido. Sin embargo, durante las dos horas concedidas á la digestión, el tonelero, que estaba más ocurrente que nunca, dijo alguno de sus apotegmas propios, uno de los cuales bastará para dar idea de su gracia. Cuando acabó de beber el casis, miró la copa, y dijo:

—Aun no ha puesto uno los labios en la copa, cuando ya está vacía: esta es nuestra historia. No se puede ser y haber sido. Los escudos no pueden rodar y permanecer en nuestra bolsa, pues de otro modo la vida sería demasiado hermosa.

El avaro estuvo jovial y clemente, y cuando Nanón se presentó con la rueca, le dijo:

—Debes estar ya cansada; deja el cáñamo.

—¡Mecachis! ¿para qué? me aburriría, respondió la criada.

—¡Pobre Nanón! ¿Quieres beber una copita de casis?

—¡Ah! tratándose del casis, no digo nunca que no; la señora lo hace mejor que los boticarios; el que ellos venden es una droga.

—Sí, ponen demasiado azúcar y no sabe á nada, dijo Grandet.

Al día siguiente, la familia, reunida á las ocho para almorzar, ofrecía el cuadro de una intimidad positiva. La desgracia no tardó en poner de acuerdo á la señora Grandet, á Eugenia y á Carlos, con los cuales simpatizaba también Nanón sin saberlo. Estos cuatro seres comenzaron á

constituir una misma familia. Respecto al viñero, como estaba satisfecha su avaricia y tenía la seguridad de ver marchar bien pronto á su sobrino sin tener que pagarle más que su viaje á Nantes, su presencia en la casa llegó á serle indiferente. El avaro dejó á los dos niños, como él llamaba á Carlos y á Eugenia, en completa libertad para obrar como mejor les pareciese, bajo la vigilancia de la señora Grandet, en la cual tenía completa confianza en todo lo concerniente á la moral pública y religiosa. El allanamiento y abono de sus praderas, sus plantaciones de álamos á orillas del Loire y los trabajos de invierno en sus cercados y en Froidfond, le ocuparon exclusivamente. Desde entonces empezó para Eugenia la primavera del amor. Desde la escena de la noche en que la prima había dado su tesoro al primo, el corazón había acompañado al tesoro. Cómplices ambos de un mismo pensamiento, se miraban expresando una mutua inteligencia que aumentaba sus sentimientos y los hacía comunes y más íntimos, poniendo, por decirlo así, á los dos jóvenes fuera de la vida ordinaria. ¿No les autorizaba el parentesco para emplear cierta dulzura en el acento y cierta ternura en las miradas? Eugenia se complació en adormecer los sufrimientos de su primo mediante los goces infantiles de un amor naciente. ¿No hay cierta graciosa semejanza entre los principios del amor y de la vida? ¿No se mece al niño con dulces cantos y cariñosas miradas? ¿No se le cuentan historias maravillosas que le doran el porvenir? ¿No despliega para él incesantemente la esperanza sus radiantes alas? ¿No derrama el

niño sucesivamente lágrimas de alegría y de amor? ¿No disputa por insignificancias, por chinitas con las cuales intenta construirse un frágil palacio, y por ramos de flores que olvida cuando apenas le han sido entregados? ¿No está ávido por ver transcurrir el tiempo y por avanzar en la vida? El amor es nuestra segunda transformación. La infancia y el amor fueron una misma cosa para Eugenia y Carlos: su amor fué la pasión primera con todas sus puerilidades, tanto más gratas para sus corazones cuanto que estaban impregnadas de melancolía. Agitándose al nacer bajo las gasas del luto, aquel amor no dejaba de estar en armonía con la sencillez provinciana de aquella casa ruinosa. Cambiando algunas palabras con su prima á la vera del pozo, en aquel silencioso patio; permaneciendo en aquel jardinito sentados en un banco musgoso hasta la hora en que el sol se ponía, ocupados en decirse naderías, ó sumidos en la calma que reinaba entre los muros y la casa, como se está bajo las bóvedas de una iglesia, Carlos comprendió la santidad del amor, pues su gran dama, su querida Anita, no le había hecho conocer más que sus terribles tormentas. En aquel momento el joven dejaba la pasión parisiense, coqueta y vanidosa, por el amor puro y verdadero. Amaba aquella casa, cuyas costumbres no le parecieron ya ridículas; salía de su cuarto por las mañanas á fin de poder hablar con Eugenia algunos instantes, antes de que Grandet se presentase, y, cuando los pasos del avaro resonaban en la escalera, se escapaba al jardín. La pequeña criminalidad de aquella cita matinal, que la madre de

Eugenia ignoraba y que Nanón fingía no notar, imprimía al amor más inocente del mundo la vivacidad de los placeres prohibidos. Más tarde, cuando, después del almuerzo, el padre Grandet salía para ir á ver sus propiedades y vigilar á los jornaleros, Carlos permanecía entre la madre y la hija, experimentando desconocidas delicias ayudándoles á devanar el hilo, viéndolas trabajar y oyéndolas charlar. La sencillez de aquella vida casi monástica que le reveló la sencillez de aquellas almas que desconocían el mundo, le conmovió vivamente. Carlos creía que aquellas costumbres eran imposibles en Francia, y no admitía su existencia más que en Alemania, si bien fabulosamente, y como las describían las novelas de Augusto La Fontaine. Eugenia no tardó en convertirse para él en el ideal de la Margarita de Goethe, pero sin haber cometido la falta. Por fin, de día en día, sus miradas y sus palabras enamoraron locamente á la joven, que se dejó llevar de la deliciosa corriente del amor, y Eugenia se agarraba á su felicidad como se agarra un nadador á la rama de sauce para salir del río y reposar en la orilla. Los pesares de una próxima ausencia, ¿no entristecían ya las horas más gozosas de aquellos fugitivos días? Cada día, el más pequeño acontecimiento les recordaba la próxima separación.

Tres días después de la marcha de de Grassins, Carlos fué llevado por su tío al juzgado de primera instancia, con la solemnidad que los provincianos emplean en tales actos, para firmar allí una renuncia á la herencia de su padre. ¡Terrible repudiación! ¡especie de apostasía domés-

tica! El joven fué después á casa de maese Cru-
chot á hacer dos poderes, el uno á favor de de
Grassins y el otro á favor del amigo á quien ha-
bía encargado que vendiese su mobiliario. Acto
continuo fué necesario dar los primeros pasos
para obtener un pasaporte para el extranjero.
Por fin, cuando llegaron los sencillos trajes de
luto que Carlos había encargado á Paris, éste
llamó á un sastre de Saumur para venderle su
inútil ajuar. Este acto agradó extraordinaria-
mente al padre Grandet.

—¡Ah! heos ya como un hombre que debe
embarcarse y que quiere hacer fortuna, le dijo
al verlo vestido con una levita de grueso paño
negro. Bien, así me gusta.

—Señor, le respondió Carlos, ya compren-
derá usted que no soy tan tonto para no darme
cuenta de mi situación.

—¿Qué es eso? dijo el avaro cuyos ojos se ani-
maron al ver que Carlos le enseñaba un puñado
de oro.

—Tío, he reunido los botones, los anillos y
todas las superfluidades que poseo y que pudie-
sen tener algún valor; pero como no conozco á
nadie en Saumur, quería rogarle que...

—¿Que le compre á usted eso? dijo Grandet
interrumpiéndole.

—No, tío, que me indique usted un hombre
que...

—Deme usted eso, sobrino, yo iré á mi cuarto
á pesarlo y, céntimo más, céntimo menos, le
diré lo que vale. ¡Oro de alhajas! dijo exami-
nando una gran cadena, de diez y ocho á diez
y nueve quilates.

Grandet tendió su ancha mano y se llevó el
puñado de oro.

—Prima, dijo Carlos, permítame usted que
le ofrezca estos dos botones que podrán servirle
para ponerse unas cintas en las muñecas. Con
ellos puede usted hacer un brazaletes, que está
ahora muy de moda.

—Primo, acepto sin titubear, le dijo Eugenia
dirigiéndole una mirada de inteligencia.

—Tía querida, aquí tiene usted el dedal de
mi madre que yo guardaba religiosamente, dijo
Carlos ofreciendo un bonito dedal de oro á la
señora Grandet, que hacía más de diez años que
deseaba tener uno.

—Sobrino, no tengo palabras bastantes para
expresarle mi agradecimiento, dijo la anciana
madre, cuyos ojos se llenaron de lágrimas. Ma-
ñana y tarde, á mis oraciones por los caminan-
tes, añadiré una especial para usted. Si yo mu-
riese, Eugenia conservará esta alhaja.

—Esto vale novecientos ochenta y siete fran-
cos y setenta y cinco céntimos, sobrino mío, dijo
Grandet abriendo la puerta. Pero para ahorrarle
el trabajo de vender esto, yo se lo abonaré á us-
ted... en libras.

En el litoral del Loire, decir en libras, signi-
fica que los escudos de seis libras deben ser
aceptados por seis francos sin deducción.

—Aunque me repugnaba vender mis alhajas
en el pueblo que usted habita, no me atrevía á
proponerle á usted eso, respondió Carlos. Na-
poleón decía que la ropa sucia debe lavarse en
casa. Le doy á usted, pues, las gracias por su
complacencia.

Grandet se rascó la oreja, y todo el mundo guardó silencio por algunos instantes.

—Tío, dijo Carlos mirándole con aire inquieto como si temiese herir su susceptibilidad, mi tía y mi prima me han hecho el favor de aceptar un pequeño recuerdo mío; dignese usted también aceptar estos gemelos que me son inútiles, que le recordarán á un pobre muchacho que, lejos de ustedes, no ha de olvidar ciertamente á los que constituyen su única familia.

—Muchacho, muchacho, no hay que ser tan pródigo... ¿Qué te ha dado á ti, mujer mía? dijo volviéndose con avidez hacia su mujer. ¿Y tú, hijita? ¡Calla! ¡unos broches de diamantes! Vamos, acepto tus gemelos, hijo mío, repuso estrechando la mano á Carlos. Pero... tú me permitirás que... te pague... sí, tu pasaje á las Indias. Sí, qué diablo, quiero pagarte el pasaje... Tanto más, hijo mío, cuanto que, mira, estimando tus alhajas, no he estimado más que el oro en bruto, y acaso se pueda sacar algo del trabajo. ¡Ea! ya está dicho. Te daré mil quinientos francos... en libras, que Cruchot me prestará, porque en casa no tengo un céntimo, á menos que Perrotet, que se ha atrasado en el alquiler, no venga á pagarme. Mira, ahora mismo voy á verle.

Y tomando el sombrero y los guantes se marchó.

—De modo que se marcha usted, dijo Eugenia á Carlos dirigiéndole una mirada mezclada de tristeza y de admiración.

—No hay más remedio, respondió el joven bajando la cabeza,

Al cabo de algunos días, la actitud, las palabras y los modales de Carlos se habían convertido en las de un hombre profundamente afligido, pero que, comprendiendo que pesaban sobre él inmensas obligaciones, procura sacar fuerzas de flaqueza. Ya no suspiraba, se había hecho hombre; así es que Eugenia nunca juzgó mejor el carácter de su primo que cuando le vió bajar con sus ropas de tosco paño negro, que sentaban admirablemente á su cara pálida y á su sombría actitud. Aquel día las dos mujeres se pusieron de luto y asistieron con Carlos á un *Requiem* celebrado en la parroquia por el alma del difunto Guillermo Grandet.

Al mediodía, Carlos recibió cartas de París y las leyó.

—Y bien, Carlos, ¿está usted contento de sus negocios? le dijo Eugenia en voz baja.

—No hagas nunca esas preguntas, hija mía, observó Grandet. ¡Qué diablo! yo, que soy tu padre, no te doy cuenta de mis negocios, ¿y vas á enterarte de los de tu primo? Deja á ese muchacho.

—¡Oh! yo no tengo secretos, dijo Carlos.

—Ta, ta, ta, ta. Sobrino mío, ya aprenderás con el tiempo que en cuestión de negocios hay que saber tener la lengua.

Cuando los dos amantes estuvieron solos en el jardín, Carlos dijo á Eugenia llevándola hacia el banco que estaba debajo del nogal y tomando allí asiento:

—No me había engañado respecto á Alfonso. Se ha portado muy bien y ha dirigido mis asuntos con prudencia y lealtad. No debo nada á na-

die en París; todos mis muebles han sido vendidos, y me comunica que, por consejo de un capitán mercante, ha empleado tres mil francos que le quedaban en una pacotilla de curiosidades europeas, de las cuales se saca un gran partido en las Indias. Ha facturado mis fardos para Nantes, donde hay un buque mercante próximo á partir para Java. Eugenia, dentro de cinco días tendré que decirle á usted adiós, sino para siempre, al menos por muchos años. Prima mía, no una su vida feliz á la mía azarosa; acaso se le presente á usted un buen partido.

—¿Me ama usted? le dijo Eugenia interrumpiéndole.

—¡Oh! sí, mucho, le respondió Carlos con sincero acento que revelaba la profundidad de sus sentimientos.

—Pues le esperaré, Carlos. ¡Dios mío! mi padre está en la ventana, dijo la joven rechazando á su primo, que se aproximaba para besarla.

Eugenia se escapó á la bóveda de entrada y Carlos la siguió. Al ver que la seguía, Eugenia subió precipitadamente la escalera y se fué al lugar más obscuro del pasillo, al lado del chiribitil de Nanón, donde Carlos la alcanzó, y, tomándole una mano, la cogió por el talle y la estrechó fuertemente contra su corazón. Eugenia no resistió ya, y recibió y dió el más puro, el más suave, así como también el más franco de los besos.

—Eugenia querida, un primo es mejor que un hermano, porque puede casarse contigo, le dijo Carlos.

—¡Así seal gritó Nanón abriendo la puerta de su chiribitil.

Los dos amantes, asustados, echaron á correr á la sala, donde Eugenia reanudó su labor y donde Carlos se puso á leer las letanías de la Virgen en el devocionario de la señora Grandet.

—¡Mecachis! dijo Nanón, veo que todos estamos haciendo nuestras oraciones.

Tan pronto como Carlos anunció su partida, Grandet se puso en movimiento para hacer creer que se tomaba gran interés por él, se mostró liberal en todo lo que no costaba nada, se encargó de buscarle un embalador y, so pretexto de que aquel hombre quería vender las cajas demasiado caras, se empeñó en hacerlas él mismo de las mejorías; se levantó muy de mañana para cepillar, ajustar, clavar maderas y confeccionar unos hermosos cajones en los que embolsó todos los efectos de Carlos. Después se encargó de asegurárselos y remitírselos en tiempo oportuno á Nantes.

Desde que había recibido el beso en el pasillo, las horas pasaban para Eugenia con espantosa rapidez. A veces, quería seguir á su primo. El que haya sentido una pasión pura, esa pasión cuya duración aumenta con el tiempo como una enfermedad mortal ó como alguna otra fatalidad humana, comprenderá los tormentos de Eugenia, la cual lloraba á veces paseándose por el jardín, que le parecía demasiado estrecho para ella, así como el patio, la casa y la villa entera: la joven se trasladó de antemano á la vasta extensión de los mares. Por fin, llegó la víspera

de la marcha. Por la mañana, aprovechando la ausencia de Grandet y de Nanón, el precioso cofre que contenía los dos retratos fué solemnemente instalado en el único cajón del armario que se cerraba con llave, cajón donde yacía en aquel momento la bolsa vacía. La entrega de aquel tesoro no se llevó á cabo sin buen número de besos y de lágrimas. Cuando Eugenia se metió la llave en el seno, no tuvo valor para prohibirle á Carlos que besase el lugar que aquélla ocupaba.

—Nunca saldrá de aquí, amigo mío.

—Pues bien, mi corazón estará también ahí siempre.

—¡Ah! Carlos, eso no está bien, dijo Eugenia con acento de reproche.

—¿No estamos ya casados? respondió el joven. Yo tengo tu palabra, y tú tienes la mía.

—¡Tuyo para siempre! repitieron los dos enamorados.

Ninguna promesa hecha en la tierra fué más pura que aquella.

Al día siguiente por la mañana el almuerzo fué triste, y á pesar de la bata de oro y de la crucecita que Carlos regaló á Nanón, ésta no pudo menos de llorar.

—¡Pobre señorito, que tiene que pasar la mar!... ¡Qué Dios le acompañe!

A las diez y media, la familia se puso en marcha para acompañar á Carlos hasta la diligencia de Nantes. Nanón había soltado el perro y cerrado la puerta y quiso llevar la maleta de Carlos. Todos los tenderos de la vieja calle estaban en el umbral de sus puertas para ver pasar aquel

cortejo, al que se unió en la plaza el notario Cruchot.

—No vayas á llorar, Eugenia, le dijo su madre.

—Sobrino mío, dijo Grandet cuando llegaron al coche, besando á Carlos, se va usted pobre, pero trabaje y vuelva rico, que encontrará salvo el honor de su padre. Yo, Grandet, le respondo de ello, y entonces, sólo de usted dependerá...

—¡Ah! tío mío, usted dulcifica la amargura de mi marcha. ¿No es ese el mejor regalo que podía usted hacerme?

Sin comprender las palabras del antiguo tonelero, á quien había interrumpido, Carlos bañó con lágrimas de agradecimiento el rostro de su tío, mientras que Eugenia estrechaba con todas sus fuerzas la mano de su primo y la de su padre. El notario era el único que sonreía, admirando la astucia de Grandet, pues él era el único que conocía á fondo al avaro. Los cuatro acompañantes, rodeados de varias personas, permanecieron al lado del coche hasta que partió, y una vez que éste hubo desaparecido y dejó de oírse el ruido de sus ruedas, el viñero dijo:

—¡Buen viaje!

Afortunadamente, maese Cruchot fué el único que oyó esta exclamación. Eugenia y su madre habían ido á un lugar desde donde se veía aún la diligencia y agitaban sus pañuelos blancos, á los que respondió Carlos agitando el suyo.

—Madre mía, quisiera tener por un momento el poder de Dios, dijo Eugenia en el momento que dejó de ver el pañuelo de Carlos.

Para no interrumpir el curso de los acontecimientos que pasaron en el seno de la familia

Grandet, es necesario dirigir antes una ojeada á las operaciones que el avaro hizo en París por mediación de la familia de Grassins.

Un mes después de la marcha del banquero, Grandet poseía una inscripción de cien mil francos de renta que fueron adquiridos al ochenta. Los datos que se adquirieron á su muerte por el inventario, no han arrojado ninguna luz acerca de los medios que su desconfianza le sugirió para adquirir el dinero de la inscripción. Maese Cruchot pensó que Nanón habría sido, sin saberlo, el instrumento fiel del transporte de los fondos. Por aquella época, la criada estuvo ausente cinco días, so pretexto de ir á arreglar algunas cosas á Froidfond. En lo concerniente á los asuntos de la casa Guillermo Grandet, todas las previsiones del tonelero se realizaron.

Como todo el mundo sabe, en el Banco de Francia existen exactos informes acerca de todas las grandes fortunas de París y de los departamentos. Los nombres de de Grassins y de Félix Grandet, de Saumur, eran allí conocidos y gozaban de la estimación de que gozan las celebridades financieras que poseen inmensas propiedades territoriales libres de hipotecas. La llegada del banquero de Saumur, encargado de liquidar por honor las deudas de la casa Grandet, de París, bastó, pues, para evitar la vergüenza de los protestos. El levantamiento de los sellos se hizo en presencia de los acreedores, y el notario de la familia procedió regularmente á hacer el inventario de la herencia. Grassins no tardó en reunir á los acreedores, que lo eligieron por unanimidad liquidador, en unión de Francisco Ke-

ller, jefe de una gran casa de banca y uno de los principales interesados, y le confiaron los poderes necesarios para salvar á la vez el honor de la familia y los créditos. El crédito de Grandet, de Saumur, y la esperanza que dió á los acreedores, por mediación de de Grassins, de que cobrarían, facilitaron las transacciones, y no se encontró ningún intransigente entre los acreedores. Nadie pensó en ceder su crédito con pérdida, y todo el mundo decía:

—¡El Grandet, de Saumur, pagará!

Seis meses transcurrieron de este modo, y los parisienses habían recogido los efectos en circulación y los conservaban en cartera. Este era el primer resultado que quería obtener el tonelero. Nueve meses después de la primera reunión de acreedores, los dos liquidadores distribuyeron el cuarenta y siete por ciento á cada uno. Esta suma fué obtenida mediante la venta de los valores, bienes y propiedades que pertenecían al difunto Guillermo Grandet, venta que fué hecha con escrupulosa fidelidad. Aquella liquidación fué llevada á cabo con la más absoluta probidad, y los acreedores se complacieron en reconocer el admirable é incontestable honor de los Grandet. Cuando estas alabanzas hubieron circulado convenientemente, los acreedores pidieron el resto de sus créditos mediante una carta que escribieron en colectividad á Grandet.

—Esto marcha bien, dijo el antiguo tonelero arrojando la carta al fuego. ¡Paciencia, amigos míos!

En contestación á las proposiciones contenidas en aquella carta, Grandet, de Saumur, exi-

gió el depósito de todos los títulos de crédito existentes contra la herencia de su hermano, acompañándolos de un recibo de los pagos hechos ya, bajo pretexto de liquidar las cuentas y establecer correctamente el estado de la herencia. Este depósito originó mil dificultades. Generalmente, el acreedor es una especie de maniático. Hoy se presta á transigir, mañana lo quiere llevar todo á sangre y fuego, y más tarde se vuelve excesivamente bondadoso. Hoy, su mujer está de buen humor, su hijo menor ha echado los dientes, todo va bien en su casa y no quiere perder ni un céntimo; mañana llueve, no puede salir, está melancólico y dice que si á todas las proposiciones que puedan poner fin á un asunto; dos días después, exige garantías, y, á fin de mes, quiere citaros, ¡pide, en fin, el verdugo! Grandet conocía las variaciones atmosféricas de los acreedores, y los de su hermano obedecieron en un todo á sus cálculos. Los unos se enfadaron y se negaron rotundamente á hacer el depósito.

—¡Bueno, esto va bien! decía Grandet frotándose las manos, después de leer las cartas que de Grassins le escribía respecto á este punto.

Algunos acreedores no consintieron en el dicho depósito á no ser con la condición de hacer constar bien sus derechos, reservándose el de hacer declarar la quiebra. Nueva correspondencia, después de la cual Grandet consintió en todas las garantías exigidas. Una vez hecha esta concesión, los acreedores benignos lograron vencer á los más duros, y el depósito se llevó á cabo, no sin sordas quejas.

—¡Ese hombre se burla de usted y de nosotros, le decían á Grassins.

Veintitrés meses después de la muerte de Guillermo Grandet, muchos comerciantes, engolfados en el movimiento de los negocios de París, habían olvidado sus créditos Grandet, ó sólo pensaban en ellos para decirse:

—Empiezo á creer que el cuarenta y siete por ciento será lo único que sacaré de eso.

Grandet había contado con el poder del tiempo, que, según decía él, es un diablillo. Al final del tercer año, de Grassins escribió á Grandet diciéndole que, mediante el pago del diez por ciento de los dos millones cuatrocientos mil francos que importaban el resto de la deuda de la casa Grandet, había logrado que los acreedores renunciasen á sus créditos. Grandet respondió que el notario y el agente de bolsa, cuyas quiebras habían causado la muerte de su hermano, vivían, y que, como ellos serían ya acaso solventes, era preciso demandarlos, á fin de sacarles algo y disminuir la cifra del déficit. Al final del cuarto año, el déficit quedó fijado en la suma de un millón doscientos mil francos, y transcurrieron seis meses en negociaciones entre los liquidadores y los acreedores, y entre Grandet y los liquidadores. En una palabra, que Grandet, viéndose ya obligado á hacer algo, y no teniendo salida, respondió á los liquidadores que su sobrino, que había hecho fortuna en las Indias, le había manifestado intenciones de pagar íntegramente las deudas de su padre; que él no podía pagar sin haberle consultado, y que esperaba respuesta. A mediados del quinto año, los

acreedores estaban, aunque en jaque, con la palabra *íntegramente* que de cuando en cuando repetía el sublime tonelero, que se reía en sus barbas, y no decía nunca, sin dejar escapar una sonrisa y un juramento, las palabras: ¡Estos PARISIENSES! Pero los acreedores fueron reservados de un modo inaudito en los fastos del comercio, y los encontraremos en la misma posición en que los había mantenido Grandet en el momento en que los acontecimientos de esta historia les obliguen á reaparecer.

Cuando el papel estuvo á ciento quince, el padre Grandet vendió el suyo y retiró de París unos dos millones cuatrocientos mil francos en oro, que se unieron en sus barrilitos á los seiscientos mil francos de intereses compuestos que había obtenido de su renta.

El señor de Grassins seguía viviendo en París, y he aquí por qué. En primer lugar, fué nombrado diputado, y después, aunque era padre de familia, como estaba cansado de la vida de Saumur, se enamoró de Florina, que era una de las actrices más bonitas del teatro de Madame. No hay para qué decir que su conducta fué tachada de profundamente inmoral en Saumur. Su mujer se consideró muy feliz viéndose separada de bienes y continuando á la cabeza de la casa de Saumur, cuyos negocios continuó en su nombre á fin de reparar las brechas hechas á su fortuna por las locuras del señor de Grassins. Los cruchotistas empeoraron de tal modo la falsa situación de la casi viuda, que ésta casó muy mal á su hija y tuvo que renunciar á la alianza de Eugenia Grandet con su hijo. Éste fué á unirse

á París con su padre, y, según dicen, se convirtió allí en un mal sujeto. Los Cruchot triunfaron.

—Su marido de usted tiene poco juicio, decía Grandet un día prestando una cantidad á la señora de Grassins, mediante las correspondientes garantías. La compadezco, porque es usted una buena mujer.

—¡Ah, señor! ¡quién había de decir que corría á su ruina el día que salió de esta casa para ir á París!

—Señora, el cielo es testigo de que hice cuanto pude hasta el último momento para impedir que fuese. El señor presidente quería á toda costa reemplazarle, y ahora ya sabemos por qué tenía él tanto interés en hacer ese viaje.

De este modo Grandet no debía ningún favor á los de Grassins.

En toda situación difícil, las mujeres tienen más motivos de dolor que el hombre y sufren más que él. El hombre ejercita su fuerza y su poder, se mueve, va, viene, se ocupa de algo, piensa, considera el porvenir y encuentra en él consuelos. Así le pasaba á Carlos. Pero la mujer permanece, tiene que afrontar las penas sin que nada la distraiga de ellas, llega hasta el fondo del abismo que ella misma se ha abierto, lo mide y á veces lo colma con sus promesas y sus lágrimas. Así le pasaba á Eugenia. Aquella joven empezaba á iniciarse en los dolores de la vida. Sentir, amar, sufrir y sacrificarse, será siempre el texto de la vida de las mujeres. Eugenia debía ser mujer en todo, menos en aquello que la sirviese de consuelo. Su felicidad no debía

llenar nunca el hueco de su mano. Las penas no se dejan esperar nunca, y para ella no tardaron en llegar. Al día siguiente de la marcha de Carlos, la casa Grandet recobró su aspecto ordinario para todo el mundo, excepto para Eugenia, que la encontró de pronto vacía. Sin que su padre lo supiese, la prima quiso que el cuarto de Carlos permaneciese en el mismo estado en que lo había dejado, y la señora Grandet y Nanón se hicieron con gusto cómplices de aquel *statu quo*.

—¿Quién sabe si no volverá antes de lo que creemos? dijo Eugenia.

—¡Ah! quisiera verle aquí siempre, respondió Nanón, ya me había acostumbrado á él. Era un señorito muy cariñoso, muy guapo y modoso como una señorita.

Eugenia miró á Nanón.

—¡Virgen santa! señorita, tiene usted unos ojos capaces de hacer pecar á un santo; no mire usted de esa manera á la gente.

Desde aquel día, la belleza de la señorita Grandet tomó un nuevo carácter, un nuevo aspecto. Los graves pensamientos que habían invadido lentamente su alma y la dignidad de mujer amada comunicaron á sus facciones ese brillo que los pintores representan mediante una aureola. Antes de la llegada de su primo, Eugenia podía compararse á la Virgen antes de la concepción, y cuando aquél hubo marchado se parecía á la Virgen madre: había concebido el amor. Estas dos Marías, tan diferentes y tan bien representadas por algunos pintores españoles, constituyen una de las figuras más brillan-

tes del cristianismo. Al volver de misa, adonde fué al día siguiente de la marcha de Carlos y adonde se prometió ir todos los días, Eugenia compró en casa de un librero un mapa mundi que colocó al lado de su espejo, á fin de seguir á su primo en su viaje á las Indias, de trasladarse todos los días al barco que lo conducía, de verle, de dirigirle mil preguntas y de decirle:

—¿Estás bien? ¿sufres? ¿piensas en mí al ver aquella estrella cuyo objeto y bellezas me diste á conocer?

Después, por la mañana, permanecía pensativa bajo el nogal, sentada bajo el banco de madera carcomido donde se habían dicho tantas cosas y donde habían forjado tantos castillos en el aire acerca de su porvenir. Eugenia pensaba allí en su existencia futura, mirando el cielo por el pequeño espacio que las paredes le permitían abrazar, y luego fijaba sus miradas en el tejado bajo el cual se encontraba el cuarto de Carlos. En una palabra, el amor de aquella joven fué el amor solitario, el amor verdadero que persiste, que anima todos los pensamientos y que se convierte, por decirlo así, en la substancia de la vida. Cuando los reputados amigos del padre Grandet iban á jugar á la lotería por la noche, Eugenia estaba contenta, disimulaba; pero durante toda la mañana hablaba de Carlos con su madre y con Nanón. Ésta, comprendiendo que podía compartir los sufrimientos de su ama sin faltar á sus deberes para con su anciano señor, decía á Eugenia:

—Si yo hubiera tenido un hombre que me hubiese querido, le seguiría... hasta el infierno.

Hubiera hecho... ¡qué sé yo! En fin, me hubiera exterminado por él; pero nada. Moriré sin saber lo que es la vida. ¿Querrá usted creer, señorita, que ese viejo Cornoiller, que no deja de ser un buen hombre, anda detrás de mis rentas lo mismo que todos esos que vienen detrás de la bolsa de nuestro amo haciéndole á usted la corte? Yo veo perfectamente esto, pues soy bastante tuna, aunque no lo parezca. Pues bien, señorita, mire usted lo que son las cosas, aunque sé que no es amor, eso me causa placer.

Transcurrieron dos meses de este modo. Aquella vida doméstica, que era antes tan monótona, estaba aumentada por el inmenso interés del secreto que unía más íntimamente á aquellas tres mujeres. Para ellas, Carlos vivía y andaba aún bajo las grisáceas vigas de aquella sala. Mañana y tarde, Eugenia abría el neceser y contemplaba el retrato de su tía. Un domingo por la mañana fué sorprendida por su madre en el momento en que se ocupaba en encontrar parecido con su madre á Carlos. La señora Grandet conoció entonces el terrible secreto del cambio que había mediado entre los dos primos.

—¿Se lo has dado todo? dijo la madre asustada. Y ¿qué le dirás á tu padre el día de año nuevo cuando quiera ver tu tesoro?

Lo mismo Eugenia que su madre permanecieron la mitad de aquella mañana sumidas en tan gran temor, que dejaron pasar la misa mayor y tuvieron que ir á la misa militar. Al cabo de tres días acabaría el año 1819 y empezaría para ellas una terrible escena, una tragedia sin puñal, ni veneno, ni sangre, pero más cruel que

todos los dramas desarrollados en la ilustre familia de los Atridas.

—¡Qué va á ser de nosotras? dijo la señora Grandet á su hija dejando caer la calceta en su regazo.

La pobre madre sufría tales temores hacia dos meses, que las medias de lana que necesitaba para el invierno no estaban terminadas aún. Este hecho doméstico, insignificante en apariencia, tuvo para ella tristes resultados. Por falta de medias, cogió un enfriamiento atroz, en medio de un sudor originado por una espantosa cólera de su marido.

—¡Pobre hija mía! estaba pensando que si me hubieses confiado tu secreto hubiéramos tenido tiempo de escribir á París al señor de Grassins, y éste hubiera podido enviarnos monedas de oro semejantes á las tuyas, y aunque Grandet las conoce perfectamente, acaso...

—Pero ¿de dónde hubiéramos sacado tanto dinero?

—Yo hubiera empeñado las mías. Además, el señor de Grassins nos hubiese...

—Ya no hay tiempo, respondió Eugenia con voz sorda y alterada interrumpiendo á su madre. ¿No tenemos que ir mañana por la mañana á felicitarle á su cuarto?

—Pero, hija mía, ¿por qué no vamos á ver si los Cruchot...?

—No, no, eso sería entregarme á ellos y ponerme á su disposición. Por otra parte, ya he tomado mi partido. He hecho bien, y no me arrepiento de ello. ¡Dios me protegerá! ¡Hágase su santa voluntad! ¡Oh! mamá, si hubiese usted

leído su carta, no hubiera usted pensado más que en él.

Al día siguiente por la mañana, primero de enero de 1820, el inmenso terror de que eran presa la madre y la hija les sugirió una excusa natural para no entrar solemnemente á felicitar á Grandet en su cuarto. El invierno de 1819 á 1820 fué uno de los más rigurosos de la época. La nieve cubría las tejados. La señora Grandet dijo á su marido tan pronto como le oyó andar por su cuarto:

—Grandet, dile á Nanón que encienda fuego en mi cuarto, porque el frío es tan intenso, que me hielo, á pesar de la ropa. He llegado á una edad en que necesito cuidarme. Además, repuso después de una pausa, de ese modo Eugenia podrá venir á vestirse aquí, porque en su cuarto, con el frío que hace, podría coger una enfermedad. Ya iremos á felicitarte por la entrada de año á la sala, al lado del fuego.

—Ta, ta, ta, ta, ¡qué lengua! ¡cómo empiezas el año, señora Grandet! en tu vida has hablado tanto. Sin embargo, me parece que no has comido pan empapado en vino.

Hubo un momento de silencio.

—Está bien, repuso el buen hombre, que sin duda creyó justa la proposición de su mujer, voy á hacer lo que usted quiere, señora Grandet. Eres una buena mujer y no quiero que cojas alguna enfermedad con el frío, aunque, en general, los Bertelliere han muerto todos de viejos, ¿no es verdad? gritó después de una pausa. En fin, les hemos heredado y no quiero hablar mal de ellos.

Y tosió.

—Está usted muy contento esta mañana, señor mío, dijo gravemente la pobre mujer.

—Yo siempre estoy contento...

¡Alegre, alegre, el tonelero,
trabaja y gana para el puchero!...

Añadió entrando ya vestido en el cuarto de su mujer. ¡Diablo! ¡sí que hace frío de veras! Hoy almorzaremos bien, mujercita mía. De Grassins me ha enviado de París un pastel de *foie gras* con trufas, y voy á buscarlo á la diligencia. Debe mandar también un doble napoleón para nuestra hija, fué á decirle el tonelero al oído. A mí se me ha acabado el oro, mujercita mía. A ti puedo decirte que tenía aún algunas monedas viejas, pero tuve que gastarlas en mis negocios.

Y esto diciendo, besó á su mujer en la frente para celebrar el año nuevo.

—¡Eugenia! gritó la buena madre, no sé qué mosca le ha picado á tu padre para levantarse de tan buen humor. ¡Bah! me parece que ya saldremos del paso.

—¿Qué tiene hoy nuestro amo? dijo Nanón entrando en el cuarto de la señora Grandet para encender el fuego. Primero me ha dicho: «¡Buenos días y buen año, gran bestia! Vete á encender el fuego al cuarto de mi mujer, que tiene frío». He quedado asombrada al ver que me tendía la mano para darme un escudo de seis francos que casi no está roñoso. ¡Mírelo usted, señora, mírelo usted. ¡Oh! ¡es un buen hombre, de todos modos! Los hay que cuanto más viejos

se hacen, peor humor se les pone; pero él cada vez se vuelve más cariñoso.

El secreto de aquella alegría estaba en el completo éxito de la especulación de Grandet. El señor de Grassins, después de haber deducido la suma que le debía el tonelero por el descuento de los ciento cincuenta mil francos de efectos holandeses y por el pico que le había prestado á fin de completar la compra de los cien mil francos de renta, le enviaba por la diligencia treinta mil francos en escudos, resto del semestre de los intereses, y le anunciaba la alza de los fondos públicos. Entonces estaban á ochenta y nueve, y los capitalistas más célebres los compraban á noventa y tres á fines de enero. En dos meses, Grandet aumentaba en un doce por ciento su capital é iba á percibir en lo sucesivo cincuenta mil francos cada seis meses, sin tener que pagar impuestos ni reparaciones. El avaro concibió por fin la renta, negocio por el que las gentes de provincia manifiestan una repugnancia invencible, y antes de cinco años se vería dueño de un capital de seis millones, aumentado sin grandes trabajos, el cual, unido al valor de sus propiedades, compondría una fortuna colosal. Los seis francos que había dado á Nanón, eran, sin duda, la recompensa de algún inmenso servicio que ella le había prestado sin saberlo.

—¡Oh! ¡oh! ¿adónde irá el padre Grandet corriendo de ese modo? se decían los comerciantes ocupados en abrir sus tiendas.

Después, cuando le vieron volver de la administración de coches seguido de un mozo que

tiraba de un carrito cargado de sacos llenos, se decían unos á otros:

—El río siempre va á dar al mar; el buen hombre iba á buscar sus escudos, decía uno.

—¡Oh! él los recibe de París, de Froidfond y de Holanda, decía otro.

—¡Acabará por comprar Saumur! decía un tercero.

—¡Oh! él no hace caso del frío, y marcha siempre á su negocio, decía una mujer á su marido.

—¡Eh! ¡señor Grandet! ¡si le molesta á usted eso en casa, ya lo recogeré yo! le decía un comerciante en paños vecino suyo.

—¡Bah! ¡es calderilla! respondió el viñero.

—¿Calderilla? no, plata, dijo el mozo en voz baja.

—Si quieres estar bien conmigo, procura que no se te vaya la lengua, dijo el avaro al mozo al mismo tiempo que abría la puerta.

—¡Ah, viejo zorro! yo creía que era sordo, pensó el mozo; al parecer, cuando hace frío oye.

—Ahí tienes un franco por tu trabajo, y ¡mu-tis! le dijo Grandet. Nanón te llevará el carrito.

—¡Nanón! ¿se han ido á misa las mujeres?

—Sí, señor.

—Pues ven aprisa, y ¡manos á la obra! gritó cargándola de sacos.

En un momento, los escudos fueron transportados al cuarto del avaro, donde éste permaneció encerrado,

—Cuando el almuerzo esté dispuesto, ven á

avisarme. Lleva el carrito á la administración de coches.

—Aquí, tu padre no te dirá que le enseñes el tesoro, dijo la señora Grandet á su hija cuando volvieron de misa, estando en la sala. Tú procura hacer la friolenta. Para el día de tu cumpleaños, acaso logremos recobrar tu tesoro.

Grandet bajó la escalera pensando en cambiar sus escudos por oro y en su admirable especulación con las rentas del Estado. El avaro estaba decidido á emplear todo su dinero en papel hasta que llegase á estar al cien. ¡Meditación funesta para Eugenia! Tan pronto como entró, las dos mujeres le desearon un feliz año nuevo: la hija saltándole al cuello y acariciándole, y la señora Grandet gravemente y con dignidad.

—¡Ah! ¡ah! hija mía, dijo besando á Eugenia en las mejillas, ya ves como trabajo para tí y como procuro crearte una fortunita. El dinero es necesario para ser feliz. Sin dinero no se consigue nada. Toma, aquí tienes un napoleón completamente nuevo que he hecho venir de París. ¡Por vida de...! ¡no hay ni un grano de oro en Saumur! Tú eres la única que tiene oro.

—¡Bah! hace demasiado frío; almorcemos, le respondió Eugenia.

—Bien, me lo enseñarás después, ¿eh? eso nos ayudará á digerir bien. Ese buen de Grassins nos ha mandado esto; así es que, comed, hijas mías, que no nos cuesta nada. Se porta muy bien de Grassins, y estoy contento de él. El tonto está haciendo favores de balde á Carlos y arreglando á las mil maravillas los negocios

del difunto Grandet. ¡Caramba! dijo con la boca llena después de una pausa, ¿está bueno este pastel! Come, mujer, que esto alimenta lo menos para dos días.

—No tengo gana, ya sabes que estoy muy débil.

—¡Eh! no te apures, que no te morirás. Tú eres una Bertelliere, una mujer fuerte. Pareces una brizna de paja, pero á mí me gusta el color amarillo.

La espera de una muerte ignominiosa y pública es sin duda menos horrible para un condenado que para la señora Grandet y su hija la espera de los acontecimientos que había de determinar aquel almuerzo en familia. Cuanto más alegremente comía y hablaba el anciano viñero, más se oprimía el corazón de las dos mujeres. Sin embargo, la hija tenía un gran consuelo porque sacaba fuerzas de su amor, diciéndose:

—Por él sufriría dos muertes.

Y cuando acudía á su mente este pensamiento, dirigía á su madre animosas miradas.

—Quita todo esto, dijo Grandet á Nanón cuando, á eso de las once de la mañana, acabaron de almorzar; pero déjanos la mesita. Así podremos ver más á gusto tu pequeño tesoro, dijo mirando á Eugenia. Pero ¡qué digo pequeño! si posees por valor de cinco mil novecientos cincuenta y nueve francos, y cuarenta de esta mañana, hacen seis mil menos uno. Mira, yo te daré ese franco para completar la suma, hijita. ¿Qué escuchas tú, Nanón? Lárgate de aquí y mete á cumplir con tu deber, dijo Grandet.

Nanón desapareció.

—Escucha, Eugenia, tienes que darme tu oro. Supongo que no se lo negarás á tu papaito, ¿eh, hijita?

Las dos mujeres permanecían mudas.

—A mí ya se me há acabado; tenía, pero ya no tengo. Yo te daré seis mil francos en libras y los colocarás como yo voy á decirte. Ya no hay que pensar en tu docena. Cuando te case, que será muy pronto, he de encontrarte un novio que pueda ofrecerte la docena más hermosa que se haya visto jamás en la provincia. Escucha, hijita. Se presenta una hermosa ocasión en que puedes colocar tus seis mil francos en papel del Estado, y obtendrás cada seis meses cerca de doscientos francos de intereses, sin impuestos, ni reparaciones, ni hielo, ni nieve, ni marea, ni nada de lo que acostumbra á estropear nuestras rentas. ¿Te repugna, acaso, desprender de tu tesoro, hijita? Traémelo de todos modos, que yo te daré después monedas de oro, holandesas, portuguesas, rupias del Mogol, genovesas; y, con las que yo te vaya dando el día de tu santo y de tu cumpleaños, dentro de tres años habrás restablecido la mitad de tu pequeño tesoro. ¿Qué dices á esto, hijita? Vamos, levántate y ve á buscarlos, hijita mía. Debías besar-me los pies al ver que te descubro secretos y misterios de vida ó muerte para los escudos. A decir verdad, los escudos viven y gruñen como hombres: tan pronto van, como vienen, como producen, como dejan de producir.

Eugenia se levantó; pero, después de haber dado algunos pasos hacia la puerta, se volvió bruscamente, miró á su padre de frente, y le dijo:

—Yo no tengo *mi* oro.

—¡Que no tienes tu oro! exclamó Grandet irguiéndose sobre sus corvas, al igual que un caballo que oye disparar cañonazos á diez pasos de él.

—No, ya no lo tengo.

—Tú te engañas, Eugenia.

—No.

—¡Por vida de...!

Quando el tonelero juraba de este modo, los tabiques temblaban.

—¡Virgen santa! ¡que pálida se pone la señora! dijo Nanón.

—Grandet, tu cólera me matará, dijo la mujer.

—Ta, ta, ta, ta, en vuestra familia no morís nunca. Eugenia, ¿qué ha hecho usted de su oro? gritó el avaro precipitándose sobre su hija.

—Papá, mamá está sufriendo mucho, dijo la hija que estaba á los pies de su madre. No la mate usted; dejemos esto.

Grandet se asustó al ver la palidez de su mujer, que estaba tan amarilla algunos momentos antes.

—Nanón, venga usted á ayudarme á acostar, dijo la madre con voz débil. Me muero...

Acto continuo, Nanón dió el brazo á su ama, Eugenia hizo otro tanto, y, no sin grandes trabajos, pudieron subirla á su habitación, pues la pobre mujer se caía de debilidad en cada pelotazo. Grandet quedó solo, y algunos instantes después subió siete ú ocho tramos, y gritó:

—Eugenia, cuando haya acabado usted de acostar á su madre, baje.